

AMSTERDAM

# DE ALEMANIA A HOLANDA POR EL CARRIL LENTO

GERMANY TO HOLLAND IN THE SLOW LANE

*Texto y fotos Miquel Silvestre*

L/  
10



**LAS MOTOCICLETAS SON** compañeras de viaje muy especiales. He encontrado muchos vagabundos durante mis travesías. Percibí en sus ojos una cierta luz de admiración o deseo. Ellos eran peatones maltratados por las incomodidades de trenes y autobuses, y yo aparecía como una especie de caballero andante con caballería, yelmo y armadura. Cabalgando libre allá donde marcase mi voluntad, olvidaban que sobre la moto se sufre mucho. Viento, calor, frío, lluvia, cansancio. Además, igual que la moto le lleva a uno, uno ha de llevarla a ella cuando se estropea o encalla.

Sin embargo, no concibo mejor modo de viajar. Conocer países, culturas, gentes es interesante en sí mismo; montar en moto es una actividad divertida como pocas; sumadas dan como resultado una épica nueva que mezcla aventura, deporte, riesgo, aprendizaje y superación personal. Desde que Ted Simon escribiera *Los Viajes de Júpiter* sobre su vuelta al mundo entre 1973 y 1977 sobre una Triumph 500, legiones de inconformistas nos hemos lanzado a la carretera buscando el tesoro que se esconde detrás del horizonte. Cuando oigo el rumor de una moto cargada de equipaje que se acerca y veo cómo se aleja levantando polvo tras de sí, pienso que allá va un hermano de sueños.

Esta larguísima etapa en la que recorro Alemania para llegar hasta Ámsterdam me ofrece cientos de kilómetros de paz, árboles, maizales, ríos, bosques, colinas y aldeas. Tras dejar atrás la intensísima y extenuante Berlín, puedo abandonar el pensamiento sin más objetivo que ir llenándome de luces, sonidos y olores. Tengo de nuevo la oportunidad de mirar hacia el interior del Yo y meditar sobre el sentido de mi afán de movimiento perpetuo.

He alcanzado las ¾ partes de mi objetivo de recorrer Europa en fines de semana y descubro que este viaje está siendo muy diferente a otros. Tiene dos almas. Una de ellas es la inmensa tristeza de acumular tantos vuelos consecutivos, de digerir comida liofilizada y beber en vasos de plástico, de esperar en impersonales aeropuertos, de sufrir retrasos y cancelaciones.

La otra es una inmensa libertad; la de perderme por carreteras secundarias y sorprenderme como un niño al ver como de grande, bella y salvaje es esta vieja tierra llamada Europa. En las regiones menos trilladas por el turismo, machacadas por la industria o el urbanismo desaforado, aparecen

**MOTORBIKES MAKE VERY SPECIAL** travelling companions. I've come across many wanderer on my travels and sensed a certain kind of admiration or wanting in their eyes. They were pedestrians, ill-treated by the discomfort of trains and buses; I appeared like a kind of knight errant, with a mount, helmet and armour, riding freely. They forget that one suffers a lot on a bike. Wind, heat, cold, rain, tiredness... What's more, just as the bike carries you, so you must carry it when it breaks down or gets stuck.

Nevertheless, I can imagine no better way of travelling. To discover different countries, cultures and people is interesting in itself, and there are few activities as enjoyable as riding a motorbike. Taken together, the result is a new kind of epic journey, combining adventure, sport, risk, learning and self-improvement. Since Ted Simon wrote *Jupiter's Travels* about his trip around the world on a Triumph 500 between 1973 and 1977, legions of nonconformists like myself have launched themselves onto the highway in search of the treasure hidden beyond the horizon. When I hear the murmur of an approaching motorbike loaded with luggage and see how it disappears into the distance leaving a cloud of dust in its wake, I feel that it's a brother-in-arms riding by.

This very long stage, riding through Germany to Amsterdam, offers hundreds of kilometres of peace, trees, cornfields, rivers, forests, hills and little villages. After leaving behind the intense and exhausting city of Berlin, I can abandon all thoughts, my sole objective being to experience the lights, sounds and smells to the maximum. Once again, I have the opportunity to look inside myself and meditate upon the meaning of my love for perpetual movement.

I'm three quarters' of the way towards my objective of travelling through Europe at the weekends and I've discovered that this trip is quite different from the rest. Its very essence is divided in two parts. One is the immense sadness at accumulating so many flights one after the other; of digesting freeze-dried food and drinking from plastic cups; of waiting in soulless airports, suffering delays and cancellations.



Miquel Silvestre (1968), aventurero, escritor y viajero, ha cruzado el planeta acompañado sólo de su sombra, un par de zapatillas de corredor y una moto. Actualmente recorre con Jackie (BMW R1200 GS) el mapa de rutas Vueling durante los fines de semana. Tras completar la distancia entre dos aeropuertos, aparcá Jackie hasta el siguiente viernes de libertad. Ling le seguirá en el curso de su singladura por las capitales europeas más excitantes, los pueblos más recónditos y los paisajes más sugestivos.

Miquel Silvestre (1968), adventurer, writer and traveller, has crossed the globe accompanied only by his shadow, a pair of trainers and a motorbike. He's currently travelling the Vueling routemap with Jackie (BMW R1200 GS) at the weekends. When he's covered the distance between two airports, he parks Jackie until the next Friday of freedom. Ling will follow the course of his adventures to the most exciting European capitals, tucked-away little villages and awe-inspiring landscapes.





I  
/12

maravillas ocultas, tan genuinas como este minúsculo hotel alemán a la vera de un río en la Renania profunda. Los ancianos miran espantados al extranjero sucio que busca posada, pero abandonan toda reserva al ver la motocicleta. Comprenden ahora mi cansancio y suciedad. Tras pasar la tarde hablando de cómo están de secos este año los campos de remolacha, me hacen prometer que volveré a visitarlos.

Llego a Holanda por los caminos más estrechos. En lugar de ir a la turística Ámsterdam, cuyos coffeshops y museos conozco de sobra, me pierdo por senderos entre tulipanes y molinos hasta llegar al litoral. En Katwijk me alojo en el Hotel Savoy, construido sobre un polder, dique erguido para mantener el océano a raya. Las bicicletas vienen y van en silencio. La playa languidece gris, salpicada de simétricas hileras de casetas de baño. Más allá se pierde una vereda entre dunas que lleva al gemelo Noordwijk. Hace frío, llueve y el viento sacude las lunas del restaurante. Hay muy pocos comensales. Soy el único extranjero. Por aquí no recuerdan a ningún español. Escribo estas notas mirando un plomizo horizonte de nubes panzudas. La rubia camarera sonríe sin cesar cada vez que me trae una cerveza. Suple así su deficiente inglés. Y yo que creía que todos los holandeses eran bilingües.

The other is an enormous sense of freedom: losing myself along secondary roads and feeling a childlike surprise at just how large, beautiful and wild this old land called Europe really is. Off the beaten track, in the regions least devastated by tourism, industry or urban sprawl, hidden gems await. One example is this tiny German hotel on the banks of a river in the heart of the Rhineland. The elderly residents looked on aghast at this dishevelled foreigner in search of lodgings, but on seeing the motorbike, their reserve soon gave way. They understood why I was so tired and dirty. After whiling away the afternoon chatting about how dry the beetroot fields are this year, they made me promise to come back and visit them again.

I arrive to Holland on the very narrowest of tracks. Instead of heading for touristy Amsterdam, whose coffee shops and museums I'm already well acquainted with, I allow myself to wander along the pathways between tulips and windmills until I reach the coast. In Katwijk I stay at the Savoy Hotel, which is built on a polder, a dyke constructed to keep the sea at bay. Bicycles come and go in silence. Beach huts in symmetrical lines punctuate the grey, languid coastline. In the distance, a little lane disappears between the dunes; it leads to the neighbouring town of Noordwijk. It's cold, it's raining and the wind beats against the restaurant windows. There aren't many diners and I'm the only foreigner. They don't recall a Spanish person having ever passed through here. I write these lines looking out to a leaden horizon, weighed down by bloated clouds. The blonde waitress smiles incessantly every time she brings me a beer. It's her way of making up for her lack of English. And I thought that the Dutch were all bilingual.